

ta que en China se hablan innumerables dialectos que dificultan enormemente la comunicación entre los habitantes de las distintas zonas del país. Había que montar por último el sistema de emisoras de radio y la red de altavoces.

A la fase de penetración sucedía la de identificación: se difundían, a través de los medios y mediante campañas de información y propaganda, los nuevos valores, normas y metas colectivas, lo que debía facilitar el proceso de socialización en torno al poder comunista.

El doctor Liu analiza en detalle la función desempeñada por los medios de comunicación en todo este proceso. Explica, por ejemplo, los distintos papeles jugados en los momentos clave por la prensa del partido y la militar, y la hábil utilización por parte de Mao de una u otra, según la facción a la que se tratase de combatir o el tipo de campaña que se pretendiese lanzar. Una cuidadosa lectura de la prensa china permite, tal y como muestra el autor, ver reflejada en sus columnas la lucha de las distintas facciones y su continua pugna por el poder. El hecho de que una determinada campaña se lanzase, por ejemplo, desde un periódico militar de provincias y no desde el órgano central del partido, podía ser significativo de una nueva orientación política.

El autor estudia los distintos avatares sufridos por el maoísmo desde 1949: señala sobre todo ese movimiento pendular entre la tolerancia, la apertura crítica y el cosmopolitismo (tendencia de derechas, imputada a los intelectuales) y la fuerte radicalización izquierdista, nacio-

nalista y antiintelectual, que culminaría en la llamada Revolución cultural.

El libro, naturalmente, no recoge, por la fecha de publicación de su versión original (1971), todo lo sucedido en China tras la muerte de Mao: denuncia de la banda de los cuatro, rehabilitación de intelectuales y miembros del partido acusados, en las épocas de agitación radical, de revisionismo y corrupción burocrática, fomento de las tareas de producción y de los intercambios con el Tercer Mundo y los países occidentales, etcétera. Aunque en la introducción a la primera edición de bolsillo, que es de 1975, se actualizan ciertos datos relativos a la prensa, la radiodifusión, el cine y los libros, a la vez que se refuerzan anteriores conclusiones del autor sobre las limitaciones con que tropieza la empresa integradora iniciada, no sin cierta dosis de voluntarismo —tal es la opinión del autor—, por Mao Tse-tung. ■ JOAQUIN RABAGO.

¡Nucleares, no!

El tema de las centrales nucleares es más conflictivo de lo que parece y también de muy difícil solución. Su problemática tiene proyecciones no tan sólo ecológicas, como muchos suponen, sino también económicas, políticas y sociales. Baste recordar que la socialdemocracia sueca perdió su ininterrumpido gobierno de más de cuatro décadas por haberse inclinado a defender el plan de construcción de centrales nucleares en su territorio. Las manifestaciones contra esas centrales han



Central nuclear de Zorita.

cochado unas dimensiones multitudinarias y también a veces violentas, como en Francia o Alemania. En España, la manifestación contra la central de Lemóniz ha sido la más importante registrada en la historia, sólo comparable a la Diada de Catalunya.

Las centrales nucleares son el legado de una tecnología de la destrucción; son el subproducto de un cómo matar mejor. Pero a su vez son un factor más que incrementa los riesgos nucleares. No sólo son un peligro en caso de accidente y sabotaje, sino que también las centrales nucleares producen plutonio como subproducto, necesario para la fabricación de bombas atómicas, con lo que estas centrales se convierten a su vez en un instrumento que facilita la industria de la destrucción y la amenaza del holocausto internacional.

Si alguien no lo remedia, España se va a convertir en territorio de ocupación de las centrales nucleares. De momento tenemos tres reactores en funcionamiento, siete en construcción, otros ocho que cuentan con la autorización previa, y nada menos que diecinueve en proyecto. Esto quiere decir que de aquí a menos de quince años, la mayoría de la energía eléctrica de nuestro país tendrá como origen a las centrales nucleares, y también quiere decir que dependeremos del extranjero, y es previsible saber de qué extranjero, hasta para encender nuestras bombillas antes de finales de siglo.

Actualmente, la producción española de uranio no cubre ni el 20 por 100 de nuestras necesidades, y será mayor según pase el tiempo. Por otro lado, si bien existe una crisis del petróleo y un encarecimiento de este hidrocarburo, cuyas reservas son limitadas —lo que sirve de

argumentación para justificar la creación de centrales nucleares—, no lo son menos las reservas de uranio, cuyo coste también ha ascendido vertiginosamente en los últimos años, pues ha pasado de pagarse seis dólares por una libra a más de 40 dólares, aumentando de la misma manera el costo del enriquecimiento del uranio y el de las mismas centrales, que se ha elevado en unas cinco veces en menos de diez años.

Los problemas de las centrales nucleares no acaban con su construcción y abastecimiento, con las consiguientes secuelas de alteración del medio y potencial peligro. Hay una serie de problemas que aparecen "a posteriori". Uno, el del almacenamiento de los residuos, y otro, bastante desconocido, el de la misma central nuclear que se convierte en inservible para producir energía al cabo de unos veinticinco años a lo máximo, pero que conserva la radiactividad por siglos y puede ser que hasta por milenios, por lo que tendrán que ser cubiertas por gigantescos armazones de hormigón, lo que no descarta el peligro de un cataclismo.

La creación y utilización de centrales nucleares abre numerosas interrogantes. Muchas de éstas y principalmente la de las conexiones de la industria nuclear, que crean una tupida red de dependencia de unos países respecto a otros, y establecen un vínculo más, posiblemente dentro de poco el más importante, de imperialismo tecnológico, son contestadas por Vicens Fisas, en un libro que tiene la habilidad de conjugar amenidad, documentación y profundidad de análisis (1). Por supuesto se trata de una obra que

(1) Vicens Fisas: "Centrales nucleares, imperialismo tecnológico y proliferación nuclear". Campo Abierto. Madrid, 1976. 283 páginas.



podemos calificar de militante en la que faltan algunas consideraciones, principalmente sociales, ya que la mayoría de la población —al menos fuera del Tercer Mundo— ha asumido desgraciadamente el modelo consumista y de despilfarro —que le ha ofrecido en hábil maniobra el capitalismo internacional—, trampa de la que no consiguen separarse ni los partidos de izquierda, cuya meta es o debería ser la liberación de los hombres, ni los países de economía planificada. En cualquier caso, no cabe duda de que se trata del mejor libro en España sobre ese tema, desde la óptica que está escrito y cuya lectura resulta muy recomendable, sobre todo en momentos como el presente en que el Plan Energético Nacional está en candilero y cuando los ecologistas solicitan un debate público y hasta un referéndum sobre el tema de las centrales nucleares.

Es difícil distinguir alguna parte del trabajo, cuando éste es notable desde el principio al fin. Pero quizá resulten esclarecedoras las páginas en que el autor muestra el interés por parte de España de poseer la bomba atómica, intención que, naturalmente, partió de la desatinada mente del almirante Carrero Blanco, que tan ingratos legados nos dejó. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

“Conceptos fundamentales de Filosofía”

Un libro de indudable importancia, que sólo es el primer tomo de una serie de tres volúmenes (1), donde por orden alfabético tratan diversos especialistas los conceptos más importantes del ejercicio del filosofar.

Es una obra que no pretende ser ni una enciclopedia, ni un diccionario, ni un léxico. Tiene la pretensión de abarcar solamente aquellos temas que parecen más fundamentales, y lo hace de un modo original: no siguen sus autores claramente una determinada escuela o sistema, sino que conciben la filosofía como el ejercicio crítico de nuestra razón en profundidad. Un esfuerzo sistemático —y asistemático también— que desveló muy conscientemente Kant, aunque estaba ya presente en toda filosofía anterior.

(1) H. Krings y otros: “Conceptos fundamentales de Filosofía”. Ed. Herder. Barcelona, 1977.

Promoción desheredada

La colección *Guernica de literatura* ha lanzado recientemente una antología de poetas generacionalmente integrados en lo que conoce quien hace la edición como promoción desheredada, la poesía de los años 50 (1).

Se trata de un laborioso trabajo de Antonio Hernández, poeta a su vez, quien hace preceder a la selección minuciosa de poemas y poetas de una breve aproximación a la historia de la poesía que antecedió, y de alguna forma motivó, el surgimiento de la poética del 50.

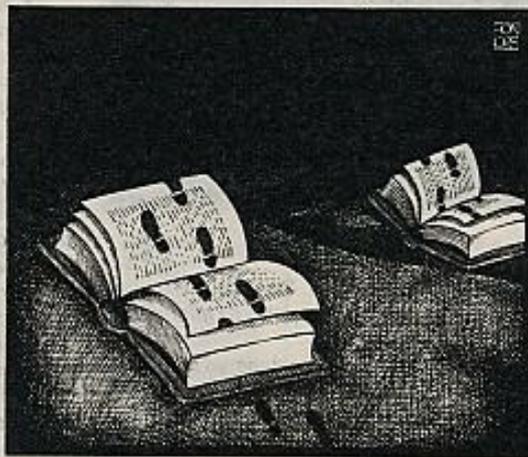
Así, partiendo del 98 y del 27, se analiza en la medida que interesa los grupos en torno a la literatura que habían surgido con anterioridad, como Espadaña, a la quinta del 42, especialmente teniendo como base revistas como “Juventud”, “Garcilaso”, “Peñalabra”, “Proel”. El postismo, preocupado, según Hernández, exclusivamente por la pureza y la excelencia técnica. Luego, la poesía social.

Poetas, los de esta promoción, que surgen en las condiciones difíciles del franquismo y que muestran de diferentes formas su repulsa al sistema. Unos, con una poesía que si es necesario encasillar la denominaríamos “social”, o “cívica”; otros, investigando en el lenguaje; otros, buscando en lo lúdico, en lo onírico, expresión de la ruptura que viven respecto del pasado. Todos, haciendo poesía, sublimando el drama colectivo que se vive en el país.

El antólogo, libre es de hacer lo que mejor crea, los reúne en grupos localizados geográficamente. Así se irán analizando las características generales y de cada uno de los integrados en el libro. Luego serán ellos mismos los que oigamos gracias a la selección de poemas, pero esto sólo se consigue leyéndolos sin prisa, sin comentario ajeno, con el libro, solos con ellos, con sus mundos reflejados en versos.

Y acabará Antonio Hernández conduciéndonos a todo un laberinto a veces inútil que nos permite, en algún momento al menos, conocer lo que los poetas mismos piensan sobre su propia poesía y sobre otros aspectos parecidos de su vida y de su obra. Puede que sea interesante haber incluido las innovaciones con las que finaliza su trabajo, pero sí que es, al menos, desviarnos un tanto la atención de donde ha de estar: en el contenido y en la forma de esa poesía que nombres hoy ya tan conocidos como los de Caballero Bonald, Carlos Barral, Angel González, Gil de Biedma, Claudio Rodríguez, Goytisolo, etc., creaban en la década de los 50; coordinada ésta también impuesta subjetivamente por el antólogo. ■ VICTOR CLAUDIN.

(1) Antonio Hernández: “Una promoción desheredada. La poética del 50”. Editorial Zero-ZX.



Los autores pretenden incitar a la reflexión personal del lector, dialogar razonadamente con él y no quieren ni abarcar todos los filosofemas existentes sin dar un estado completo de la cuestión o de la ciencia filosófica, ni un “excursus” mera-

mente histórico. Lo que intentan —y crep que sustancialmente lo consiguen— es “ofrecer filosofía en acto”, en una palabra: filosofar.

Ahora estamos muchos demasiado ahitos de erudición, historia, análisis de la forma de

pensar y búsqueda minuciosa del punto de vista exacto de un pensador determinado o de una corriente filosófica. Está de moda un afán de exactitud matemática en este tipo de estudios histórico-filosóficos o biográfico-filosóficos (empleo la palabra biografía en el sentido de vida filosófica y pensar filosófico de un determinado autor). Afán que agosta —en mi opinión— el interesante, útil y necesario ejercicio de filosofar.

Aquello de Platón, que quería filósofos para ser gobernantes, debía ser meditado en medio de nuestra crisis política, social y económica. No podemos salir de ella sin gente que filosofe sobre la vida política, social o económica, que profundice y vaya a la raíz de las cosas, no para saber la historia de lo que otros pensaron sobre las mismas, sino para pensar nosotros personalmente sobre ellas, aclarándonos nosotros mismos de cara a la compleja y confusa realidad que nos rodea.

Hay que aprender a desentrañar esta realidad, y buscar los instrumentos que nos proporcionan y facilitan este ejercicio. Así descubriremos que la entraña de la realidad es “vida” y no “ser” muerto y estático, como aclaró de una vez por todas nuestro Ortega. Y es preciso que el filósofo —y todos deberíamos serlo en algún modo— no olvide que su actividad es algo más que una profesión, es una necesidad de la vida de todos para gobernarse por los vicisitudes del mundo (de este y del otro mundo) y del propio ser. Por eso todo hombre —bien o mal— filósofo, tiene una implícita o explícita concepción del mundo —de las cosas y de los hombres— que se tiene que llamar sin duda filosofía. Chesterton, hace cincuenta años, lo recordó muchas veces y no le hicimos caso, por eso nos equivocamos al juzgar a los hombres por detalles accesorios o reacciones ambiguas, y no por deducciones lógicas de la clave de su personalidad que está en su implícita filosofía, en su concepción del mundo.

Otro problema es que la profusión de ideas, corrientes y sistemas desorganiza hoy nuestra mente, y el afán de conocer este mundo inflacionario del pensamiento filosófico abstracto estudiado con matemática exactitud, es algo que ocupa excesivamente nuestro espíritu y le impide estar fresco y preparado para acercarse a la realidad vital sin prejuicios ni pantallas que le impiden verla como es. Filosofar es ver y palpar la rea-